

## **Prólogo**

**ZAPATA OLIVELLA:  
en el País de los Ciegos**

Este libro, en forma de ensayo, pretende abordar *el pensamiento humanista* del novelista, antropólogo y médico, MANUEL ZAPATA OLIVELLA (1920-2004). Ya en mi libro *El Pensamiento Afro Más Allá de Oriente y Occidente* (2003), me había atrevido a pensar en el entrecruzamiento de ideas entre el escritor, que cultivó todos los géneros literarios (relato, cuento, teatro, periodismo, novela), y el investigador científico y social, a partir de las categorías centrales en su escritura: identidad, mestizaje, multiculturalidad, trietnicidad, africanitud, muntú, alienación, indianidad. De modo que si el lector se remite a dicho texto, encontrará la fuerza de cohesión argumentativa entre lo que aquí se plantea y lo elucidado en *el pensamiento afro*.

***Manuel Zapata Olivella: Pensador Humanista***, es el intento de valorar con altura la obra interdisciplinaria del escritor loriquero, en un “país de ciegos, sordos y provincianos que han invisibilizado su pensamiento universal y humanista, pues, lo que siempre le preocupó fue la defensa del hombre genérico viviendo en condiciones de dignidad, justicia, equidad y, por ende, la libertad como exigencia social e histórica del antropos, más allá de las limitaciones de enajenación económica y psíquica de los regímenes colonial-esclavista-capitalista.

Su literatura, más allá de reivindicar “la trietnicidad”, apunta a una “filosofía de la libertad”, donde el ciudadano, el escritor, el trabajador, el profesor, el sindicalista, no puede ser libre si alguien todavía, independientemente del “color de su piel”, vive bajo condiciones de sometimiento y explotación. He aquí el grito de su pensamiento humanista. Esto desmentiría el discurso de lo “negro” a secas, que los folcloristas ven en su obra. ¿Será que alguien interesado en el “destino” del hombre en el planeta frente a los graves problemas ecológicos, pudo defender un lenguaje “negro” simplista? ¿Será que alguien, que tanto aprendió de los iletrados, analfabetas y miserables en sus caminatas de vagabundo por los campos y ciudades del globo, los iba a olvidar? ¿Cómo alguien que vivió en la *calle 10* iba a excluir a *los de abajo*, a *los condenados de la tierra*, de su utopía de sociedad proyectada en su imaginación literaria, en ese mundo de despliegue ilimitado de la “libertad ontológica” del homo sapiens?

¿Cómo alguien que sabía que era heredero de la “filosofía” más antigua de la humanidad –la filosofía del Muntú– iba a negar la humanidad fraterna de los otros a hombres de una supuesta pureza racial?

El tema, siempre presente en la obra multifacética de Zapata Olivilla, fue el mestizaje, la multiculturalidad del hombre americano, la afirmación de la etnicidad y la idiosincrasia de unas culturas marginadas e ignoradas en la amalgama de la “etnia humana”, desde que el hombre se hizo hombre en las sabanas africanas.

La utilización del calificativo “lo negro”, en Zapata Olivilla obedece a sus tiempos de alienación mental e histórica, cuando no había descubierto que el africano no se hace llamar “negro”, cuando no había leído a Frantz Fanon, cuando no había descubierto el significado de la expresión *ekobio*, cuando no había entendido a profundidad el mestizaje y lo analizaba separadamente (“negros”, mulatos, zambos, mestizos, “indios”). Entonces, cuando adquirió consciencia de sí mismo y autocriticó su enajenación, postergó a un segundo término el calificativo “negro”, pues descubrió que esa era una designación despectiva inventada por el colonizador; era él y los ideólogos del discurso racista quienes querían ver la *esencia del hombre afro* en su “color de piel”. Les recuerdo a los académicos apasionados por el estudio de lo afro, que un “humanista” en el siglo XVI, Erasmo de Róterdam, ya hablaba de etíopes<sup>1</sup>, para hacer mención de los africanos.

Es desconcertante para un “estudiante de filosofía” como yo, ver cómo nuestros “nuevos africanistas” quieren explicar la “acción social” del afro desde las cadenas, y no frente a ellas. Encuentro extraño que los enajenados de hoy sean los “intelectuales” que hablan hasta el extremo de “gente negra” en Colombia. Cobardemente, estos “africanistas” de hoy reproducen el discurso del esclavista, del colonizador, inconscientemente; creo que los mismísimos Claver y Castellanos se burlarían hoy del discurso usado por nuestros académicos. Quizás efecto del discurso, del influjo perverso de la herencia “postmodernista-deconstructiva”, que se limita sólo a elogiar a los “amigos” sin debatir con las ideas de los mismos. –Por mi parte, verán que yo no sólo me limito a alabar a Zapata Olivilla; guardo mi distanciamiento con él, discuto sus argumentos, confronto sus imaginarios, pues no quiero “salvar” al maestro, sino ir a la búsqueda de lo verdadero.

---

<sup>1</sup> *Elogio de la Locura*, Editorial Bedout S.A. Medellín, 1975.

Colegas, les aclaro que, quizás el lenguaje no resuelve la cuestión de la “realidad” afro, pero sí ayuda a su elucidación, a ver la historia crítica, a replantear el rol creador nuestro en la sociedad colombiana, más allá del discurso musical-religioso-deportivo. En síntesis, no somos “negros” sino descendientes de africanos. Un color de piel no expresa el elemento imaginario, la invención, la creatividad del antropos. Cuestión que es el paradigma desde el cual se desprende el novelar, el cuento, el “realismo mítico” y la investigación antropológica cultural que Zapata Olivella siempre difundió. ¿Será que los africanistas antropólogos lo invisibilizan porque no fue un investigador académico-profesional? ¿Y por qué los novelistas-escritores lo ignoran en Colombia, mas no así en Estados Unidos, Brasil, Francia, México? No es suficiente con que Gabo le llame “habitante empedernido de la calle de mala crianza”, mas, me satisface la valoración hecha por Germán Espinosa en el prólogo de *Pasión Vagabunda*.

Creo que si Zapata Olivella se hubiese quedado viviendo en Europa o en Estados Unidos, hoy su obra sería aclamada universalmente; pero, qué craso error cometió escribiendo su obra en este “país de los ciegos”. Como subjetividad reflexionante que soy, y poseedor de un discurso histórico-social, no me cabe la menor duda de ver en su escritura, originalidad de estilo, imaginación creadora y lenguaje innovador, factores desde los cuales podemos juzgar su pensamiento humanista, donde el “cánon occidental” explota por las concepciones del tiempo, del narrador, de los personajes. *Changó: El Gran Putas*, es novela antropológica, mítica, histórica, sociológica, política, narrada por los ancestros coligados con los vivos por héroes afros desde la milenaria cultura de los reinos africanos. *Changó*, es “ese Güernica de los pueblos del Tercer Mundo”, como lo llama José Luis Garcés. Changó es una obra que resistirá el tiempo, pues, como las novelas “clásicas”, está hecha del acervo humano para la memoria, no de los afros sino de la humanidad frente al desafío de la libertad. *La Rebelión de los Genes* es la defensa creadora de la triétnicidad multicultural de la “América Mestiza”.

*El Hombre Colombiano*, es el ensayo antropológico de la identidad triétnica colombiana, más allá de las imposturas y máscaras de la “pureza racial”, donde se resalta el elemento creador de la indianidad, la africanidad y los otros grupos mestizos, para afirmar el reconocimiento multicultural de la “colombianidad”. *Los Pasos del Indio* (drama) es el

ensayo del elemento imaginario amerindio a nuestra dinámica social y cultural.

*Hemingway, el Cazador de la Muerte*, es la búsqueda de la identidad en la memoria del Muntú, donde orichas –ancestros– vivos, forman una sola familia ligada por la fraternidad. *La Calle 10* es la novela de la violencia política, también de la emergencia de la organización y consciencia de otro modo del ser-sociedad. En, *En Chimá Nace un Santo*, está el espíritu de nuestro sincretismo religioso (los zenúes) enfrentando al catolicismo apostólico-romano. *Detrás del Rostro* habla de las máscaras del colombiano, de la negación de la nacionalidad, del no reconocimiento del otro, del problema del desplazamiento, de la simulación para convivir con el diferente. En *Cuentos de Muerte y Libertad*, las reivindicaciones de los oprimidos, humillados y miserables, sindicalistas, trabajadores, profesores, campesinos. En *Tierra Mojada* (1947) están los primeros brotes del “realismo mágico” en Colombia, mucho antes que Gabo lo hiciera. *El Árbol Brujo de la Libertad* es, a mi entender, de los ensayos más bien logrados sobre el aporte de los afros a la cultura colombiana en Colombia, abordada desde el mito y la historia y la antropología.

Algún día, los estudiosos literarios comprenderán que desde el género novela, Zapata Olivella no fue inferior a las proezas de los narradores mestizos: Carpentier, Amado, Asturias...

Cuando los “nuevos afrocolombianistas” empiecen a estudiarlo y, al menos, se dignen citarlo, comprenderán que sus gestas no estuvieron nunca por detrás de los Colmenares, de los Jaramillo Uribe, de los Árránzola, de los Arocha, de las Friedemann. Estoy seguro que la obra y el pensamiento de Zapata Olivella, por la complejidad de temáticas que abordó, será una obra proyectada hacia el futuro de Colombia, de América mestiza y de la humanidad. Les voy, pues, a hablar del vagabundo, del animador cultural, del diplomático, del escritor, del novelista, del ciudadano público, del escriba de los “humillados y ofendidos”.

Finalmente, cuando los americanistas vean en su obra un haz de remisiones, descubrirán un americano universal como Alfonso Reyes, que vivió en Colombia protegido por la sombra de Elegba para, desde la nueva Casa del Muntú Creador, defender a la humanidad de la humanidad.

**MANUEL ZAPATA OLIVELLA:  
Escritor y Humanista<sup>2</sup>**

*“La medicina, la antropología,  
la literatura y  
la cátedra libre  
–en la universidad, en la calle,  
en la escuela  
o en el sindicato–  
me han enriquecido*

---

<sup>2</sup> Conferencia dada en la ciudad de Buenaventura, en la Universidad del Pacífico, en julio de 2005. De próxima aparición en la revista Afro Hispanic Review, University Vanderbilt, U.S.A.

*con la ciencia y la sabiduría del pueblo.*

*Con esta experiencia de campesino  
asalariado,  
vagabundo, escritor y analfabeto,  
además de la autorrealización,  
tengo el deber de sembrar,  
desalienar y combatir contra toda clase  
de injusticias.”*

*M. ZAPATA OLIVELLA*

## **EL PENSADOR INVISIBILIZADO**

Este ensayo pretende hacer una reflexión sobre la escritura, el pensamiento y la vida intelectual del novelista loriquero (Córdoba) Manuel Zapata Olivella. La idea elemental es percibir las ideas y conceptos que se interiorizan en su actividad de pensador, como escritor, antropólogo y ciudadano público.

A Manuel Zapata Olivella lo mató el silencio de la sociedad colombiana, el silencio por la discriminación, el silencio por los prejuicios de la sociedad y de nuestra aciaga intelectualidad, apuntalada aún hoy con su mentalidad e imaginarios, no del siglo XXI sino de la herencia endina y castrante del “blanqueamiento” de clases y estructura colonial. Así como antaño hubo una jerarquización de profesiones y oficios, hoy, tras *bambalinas*, se nos dice más o menos lo mismo: “Zapatero afro, a tus zapatos”... Dedícate al fútbol, a la danza y a todo aquello que signifique “fuerza bruta”, pero no al pensamiento, y cuando lo hacemos, se nos dice: Folclorismo, estos no son tus dominios, afros hablando de filosofía y antropología –cuestión banal e insignificante, dirán muchos–. He hecho

la anterior aclaración, porque con Manuel pasó injustamente aquella absurda subvaloración de su pensamiento, “invisibilidad”, como diría la gran afrocolombianista Nina de Friedemann.

Siempre que nosotros, los afros, nos ponemos a reflexionar sobre las temáticas del antropos, del homo sapiens, tenemos esos inconvenientes y estamos abocados a enfrentarnos a esas encrucijadas. Si nos vamos a graduar en la Universidad del Pacífico, por ejemplo, en cualquier carrera, se dirá: Es que son “negros”; luego está el estigma, el preconceito. La máscara colonial continúa descaradamente. Se sigue el mismo tratamiento del pasado, una historia subrepticia contra uno de los actores fundamentales del mestizaje colombiano: Los afros. Nosotros sí hemos aportado en el campo intelectual, en el campo de las ideas, en la construcción del imaginario social, en el conocimiento universal general. La cuestión afro no hay que seguirla viendo “en la sensualidad del cuerpo, en el ritmo y en el espíritu de la musicalidad”. El imaginario de los afros no está dado por ello. Desde África, los pseudos-intelectuales redujeron nuestra esencia, la mitificaron y la apuntalaron sólo en unas cosas específicas, las que nosotros, en ocasiones, ayudamos a fortalecer. Lo más propio y característico del hombre afro es la invención, la creatividad en todos los dominios humanos.<sup>3</sup>

Cuando a un escritor como Manuel Zapata Olivella se le reducen su novela, su cuento, su ensayo, su teatro, sus investigaciones etnológicas y antropológicas, a algo así como “lo negro”, se le estigmatiza por nuestros académicos porque no se le cita y, lo que es peor, no se encuentran sus libros en ninguna librería. Pero a pesar de estos malos entendidos, Zapata Olivella es un pensador universal. Uno podría decir que su literatura es quizá tan elevada como la de García Márquez y la de Mario Vargas Llosa. En los años 60s, en concursos internacionales de novela, Zapata Olivella quedó segundo con *En Chimá Nace un Santo* (1964), detrás de Gabo con *La Mala Hora*, y de Vargas Llosa con *La Ciudad y los Perros*. Si miramos retrospectiva y prospectivamente la obra de Zapata Olivella y la comparamos con la de estos dos titanes de la “América mestiza”, Zapata Olivella nada tiene que envidiarle en envergadura a la de ellos, pero... ¿por qué siempre segundo? Que den la respuesta los críticos literarios.

---

<sup>3</sup> Ver la totalidad de mi libro *El Pensamiento Afro: Más allá de Oriente y Occidente Artes Gráficas, Cali, 2003.*



Sorprende que Ciro Alegría, el laureado escritor social peruano, quien se encontró con Olivella en Nueva York en los años de caminante vagabundo en Estados Unidos, haya dado merecidos elogios a *Tierra Mojada* (1947). ¿Acaso no ganó el Premio Esso con *Detrás del Rostro* (1962)? ¿Acaso cierto público lector no le dio la buena nueva a *La Calle 10* (1960)? ¿Acaso su obra teatral no empezaba a dejar impronta ya con su *Hotel de Vagabundos* (1954)? ¿Acaso el profesor norteamericano John Brushwood no nos decía que con Manuel Zapata Olivella, la técnica de narrar ya estaba a la altura del boom literario latinoamericano? ¿Por qué el reconocimiento en el extranjero (U.S.A., Francia, Brasil, Cuba)? y, ¿Por qué tanto silencio y sordera en Colombia?

El escritor hace una gran pausa para dedicarse a su labor como antropólogo cultural y para elaborar su poema épico que, con su imaginación radical, le demoraría más de veinte años su escritura: *Changó: el Gran Putas* (1983).

He hablado con varios intelectuales colombianos, y piensan que Zapata Olivella sólo escribió para afros. ¡Craso prejuicio! Él fue un gran escritor, un novelista, un investigador, un autor enciclopedista. Tal vez suceda con él lo que pasó con Rogelio Velásquez quien, como insigne etnólogo y antropólogo, no fue reconocido en su momento entre nuestra sociedad, sino en la posteridad –gran parte de la obra de estos dos asiduos estudiosos de la mentalidad colombiana sigue inédita, y las escasas publicaciones no se conocen. Conste que no estoy hablando de resentimientos, sino de cordura intelectual, prudencia académica, dado que en el campo del conocimiento nadie debería subvalorar a los otros.

A continuación describiré algunas características elementales del pensamiento de Zapata Olivella. Me interesa referirme a los temas de la identidad e hibridez, a lo sociológico en su obra, a la articulación entre literatura y sociedad, a la relación Muntú y libertad. Desde su obra podemos hacer una lectura de la trietnicidad colombiana, del desplazamiento forzado, de la lucha por la libertad del hombre, etc. Les invito a que hagamos una reflexión seria y crítica desde dichas facetas, para comprender el carácter “humanista” del pensamiento de Zapata Olivella.

## EL TEMA SOCIOLÓGICO

Zapata Olivella nace en el año 1920. Podríamos creer que es un año de efemérides en su futura vida de escritor. Como estoy leyendo esta conferencia ante futuros sociólogos de la Unipacífico, séame permitida una digresión sociológica: no olviden que en 1920 muere Max Weber, padre de la sociología, autor de *La Ética Protestante y el Espíritu del Capitalismo*, pensador alemán que va a estudiar la sociedad moderna desde los “ideales tipos”, desde la racionalidad y la burocratización. El tema social en la obra de Olivella es una faceta indispensable y un elemento característico del mismo, de allí que sea imposible pasarlo por alto. Vamos a hacer *sociología de la novela*.

El año 1920 nos interesa además, porque es el año en que Alan Locke, llevado de la mano de la intelectualidad afronorteamericana, ha lanzado el concepto del “Renacimiento Afro de Harlem”, movimiento espiritual que sólo fue posible por la influencia del filósofo William Eduard Du Bois y quien organizó el Congreso del Niágara, Canadá, en 1905. Lo afro es bello en el arte, en la novela, en la poesía, en la música jazz, y no hubiese sido posible sin la memoria de aquel evento. El gran historiador Erick Hobsbawn, quien ha escrito mucho sobre arte y jazz, cree que es uno de los aportes más auténticos del espíritu africano a occidente.

Cuando uno lee novelas y cuentos de Manuel Zapata Olivella, como *Tierra Mojada* (1947), *Chambacú: Corral de Afros* (1962), *La Calle 10* (1960), *Detrás del Rostro* (1963), *Cuentos de Muerte y Libertad* (1961), *He visto la Noche* (1953), *Pasión Vagabunda* (1949), la cuestión social siempre va a estar presente; las condiciones sociales e históricas de los oprimidos, de los desposeídos, de los miserables en el sentido marxista del término, merecen un análisis descollante en su obra; esos iletrados, resultado de la Colonia (los amerindios), los excluidos y llamados ciudadanos de segunda clase, aceptados con dificultad por el régimen (mestizos, zambos, mulatos), pero, sobre todo, del descendiente de africanos –no de esclavos–: el afro. Esos son, pues, los protagonistas presentes en su obra antropológico-literaria, que conoce los orígenes históricos, culturales, mestizos de ellos, y deja de lado todos los prejuicios y las máscaras, viéndolos como los excluidos anónimos, pero los visibilizados en el mestizaje biocultural de la nación colombiana.

*“Nuestra obligación como escritores y estudiosos de las ciencias sociales, es rescatar y dignificar este acervo colectivo, de los raseros impuestos por los usurpadores, cuando se dividen los pueblos en “civilizados” –los conquistadores– y “bárbaros” –los oprimidos–.*”

Su preocupación central, los afros, son *“protagonistas principales”* de hazañas y epopeyas, de ideas y valores, de costumbres e idiosincrasias, desde África hasta aquí, por defender la vida, la libertad, la dignidad humana, y no esos protagonistas terciarios del patio trasero de la diaria telenovela, que continúa ocupando un rol insignificante en la vida, en el trabajo cotidiano, en la fábrica, en el almacén, en la empresa. El afro, para Zapata Olivella, es un pensador, mujer/hombre, que está haciendo activamente la historia y construyendo la cultura, el héroe constructor de la ciudad y de la sociedad, con sus imaginarios colectivos y sus ideas radicales de una historia y un pasado memorial sin prejuicios. El africano, como creador, fue lo que el académico, el sociólogo y el novelista alienado oficial, obnubiló. Justamente la tarea de la *“etnoeducación”* es presentar ese otro enfoque, desmitificar las mentiras de la historia oficial que siempre se burló del afro, viéndolo como muchos sociólogos e historiadores lo hacen hoy, como sólo una fuerza física de trabajo y como un ente social a secas.

Si leemos con atención *El Changó*, nos daremos cuenta que el afro es uno de los elementos centrales que está co-participando con la etnia humana, con los grupos sociales, con otras clases, en la reconstrucción y revaluación de la historia de África, de la humanidad, de Colombia. Creo que uno de los rasgos característicos de Olivella como narrador e investigador socio-antropológico, es reivindicar la creación, el elemento imaginario, la creatividad del afro, desde que el hombre elemental elaboró la primera herramienta e inventó el fuego. Creo que es la reivindicación de la proeza y epopeya, por un reconocimiento político de la libertad de los humildes, desde donde podemos medir y cualificar el significado de su pensamiento mestizo.

La etnohistoria que se escribe en Colombia hoy, tiene que tener en cuenta creadoramente la incidencia socio-política de lo que jugaron los “palenques” en sus luchas contra toda dominación despótica, y también

el significado de los afros cimarrones, por su autonomía en todas las Américas, de la mano de héroes afros como Mackandal (el haitiano), Zumbi (el brasilero), Bouckman (el jamaiquino), Domingo Criollo (el palenquero), y el gran Benkos Biojó (el africano). Si quisiésemos elucidar otra teoría de la sociedad y de la historia de Colombia, una interpretación crítica de la misma sería imposible, por no decir mezquina, sin el aporte positivo y creador afroamerindio.

En *Las Claves Mágicas de América*, Zapata Olivella sostiene que, sin los palenques, no comprenderíamos el movimiento campesino, la colonización de la selva, el primer grito de libertad americana. ¿Acaso el palenquero Benkos Biojó no podría ocupar un lugar social e histórico tan digno como lo ha representado Bolívar para nuestra mentalidad? ¿Por qué nuestra educación oficial, a nombre de la pureza racial y de los prejuicios intelectuales, ignoró aquellos referentes imaginarios? ¿Por qué las disciplinas humanas estudian casi siempre al afro con todos los prejuicios de ser una “minoría” inepta para el trabajo creador? Pero, al menos, en el campo de las ciencias sociales hemos tenido unas buenas referencias de autores no alienados, como Fals Borda en la sociología, Jaramillo Uribe en la historia, y Arocha en la antropología.

Un problema tan evidente y palmario como lo es el del racismo y la discriminación –tema al cual le huyen los empresarios mestizos y los afros alienados– es muy difícil comprenderlo como funciona hoy en la sociedad colombiana, sin la estructura del blanqueamiento colonial, sin sus imaginarios de colores, con la jerarquía burocrática de cargos para X etnia, con el poder de las élites a nombre de ellos y de la corona. ¿Esto ha desaparecido? ¡No! El régimen, las élites, no han retrocedido como el avestruz, se han convertido en camaleón; su estructura social no ha cambiado, sólo los colores y las formas de dominación. La discriminación sigue campeando de manera subrepticia, burlona, simuladora, con la misma “raza” y “clase” y “lengua” de antaño.

Colombia es un país de mestizos, y esos mestizos han ayudado a la construcción del Estado-Nación, pero los invisibiliza, avergonzándose del diferente, ya física, ya culturalmente. Para el rescate de la verdadera identidad cultural, se precisa ir más allá de las máscaras que la herencia de la enajenación psíquica e histórica ha dejado en nuestro ser. Se podría creer que muchos de los problemas del conflicto armado, de la violencia política, del odio social hacia el otro, el integrarnos a la modernidad,

obedece a ese pasado nefasto. Tuvimos ocasiones precisas otrora para integrarnos como colombianos mestizos indistintos, con sus grupos humanos, sus mulatajes, sus etnias, sus diferencias culturales, pero eso, por las castas y élites aciagas, no pudo materializarse, de allí la complejidad del conflicto colombiano –y no de los estudios banales que intentan responder a ello con una pusilánime y barata “violentología”–. Lo que tenemos aquí es exclusión y no un “gen perverso”. Entonces, crucial es especificar eso que podríamos llamar una especie de “*sociología de la etnicidad*”, de los grupos humanos indistintos, porque, si escribo y construyo un pensamiento social excluyendo al otro étnica y culturalmente, esa visión socio-histórica se vuelve mezquina. También puede resultar que, en el otro extremo de la cuestión, el protagonista afro termine alienado, pues cuando Zapata Olivella iba a una conferencia, solía preguntar: He escrito aproximadamente cuarenta libros. ¿Alguien ha leído alguno? Y la respuesta, la mayoría de veces, era: ¡No!

El género novela, la literatura, la reflexión antropológica, la historia crítica y lo histórico-social, son dispositivos útiles para rescatar la memoria de los pueblos. Yo no concibo una cultura, una civilización, un país, una nación, sin memoria, sin identidad, de allí las dificultades para afirmar nuestro ser y lo que somos. Para los griegos, el espíritu memorístico estaba en *La Odisea*; para el hombre del medioevo, en *La Divina Comedia*; para el hombre colombiano, en *Cien Años de Soledad*; y, para el afroamericano está en *Changó: el Gran Putas*. Si uno quiere saber sobre la verdadera identidad del afro, de dónde vinimos, quiénes somos, cuál ha sido nuestro rol en la turbulenta historia de Colombia y de la humanidad, allí están las respuestas.

La encrucijada a dilucidar es, cuándo vamos a crear esa consciencia nacional, para que las personas que dirigen este país, para aquellas que toman las decisiones de poder, se sensibilicen con los aportes del afro. Nosotros debemos abrir la fisura, la ruptura, para expandir la consciencia histórica, no de los vejámenes, ni de las castraciones, sino de la creatividad del afro en los “países de Colombia” –como diría el poeta–. Somos hacedores del constructo social colombiano y de los imaginarios sociales que lo caracterizan en sus mestizajes (raza, cultura, lengua, constitución). Lo que se nos ha dicho tradicionalmente: que somos poco inventivos, holgazanes, perezosos, todo ello es falsificación de la “realidad”, huidizo cobarde de la historia seudointelectual.

Una lectura social de la obra antropológica y literaria de Zapata Olivella es ese llamamiento histórico de recobrar nuestra memoria como entes activos, hacedores de la cultura colombiana y universal. El tema de relatos como *He Visto la Noche* (1952); de cuentos como *Un Extraño Bajo mi Piel* (1967); de novelas como *La Calle 10* (1960) y *Levántate Mulato* (1990); de ensayos como *La Rebelión de los Genes* (1997), *Las Claves Mágicas de América* (1989) y *El Hombre Colombiano* (1974), el tema acuciante es: Lo social. La obra social de Olivella es una defensa del hombre universal, independientemente de cualquier color de piel, lo que interesa es la "etnia humana" y su honor, su dignidad, su resistencia y lucha contra el hambre, la pobreza, la miseria. Más allá de los problemas de un grupo étnico singular, está la complejidad de los problemas ambientales, planetarios, de la humanidad, a los que el pensamiento de Olivella responde con altura desde la novela social y la antropología cultural en la búsqueda y proyección de una sociedad justa, equitativa y multicultural. He allí su humanismo.

## **IDENTIDAD E HIBRIDEZ**

El tema de la identidad y de la multiculturalidad no es nuevo en "América mestiza"; antes que los antropólogos, los sociólogos y los historiadores lo estudiaran, ya la intelectualidad política y los novelistas nuestros lo habían planteado. Dicho tópico siempre va a ser un haz de remisiones permanentes para pensadores, escritores y novelistas.

Recordemos la frase de Simón Bolívar en la "Carta de Jamaica" (1819):

*"Ni somos indios, ni somos españoles, sino una mezcla entre ambas cosas".*

Bien hubiésemos podido hacerle una objeción al Libertador, y preguntarle: ¿Y, del componente afro, qué? La frase de José Martí, en *Nuestra América* (1891), dice:

*"Ni el libro yanqui, ni el libro europeo nos darán la clave del enigma hispanoamericano".*

Esta afirmación del poeta y pensador político cubano, estimuló a Zapata Olivella para reflexionar sobre el tema de la identidad y de la hibridez en nuestra geografía e historia.

Creo que es Domingo Faustino Sarmiento el primer escritor que plantea la cuestión de la identidad nuestra en el campo de la literatura; él va a defender la pureza europea y a aborrecer todo mestizaje, toda hibridez de lo afro-amerindio en América. Él, como escritor alienado, que reproducía el pensar iberoeuropeo, veía en la multiculturalidad del gaucho argentino, salvajismo, barbarie, decadencia; de allí que una de sus mayores críticas haya surgido también en tierras argentinas; nos referimos a Ezequiel Martínez Estrada, quien valorará el rol del amerindio de las pampas frente a la denigración de los intelectuales que, como Sarmiento y Alberdi, negaron la creación mestiza.<sup>4</sup>

José Vasconcelos, ministro de educación y filósofo mexicano, en el proyecto de su *Raza Cósmica*, subvaloraba extrañamente el componente indígena y afro –a pesar de que veía en América “el país del futuro”– por la constante fusión de razas y el fomento del batiburrillo de las migraciones e inmigraciones aquí, en América mestiza.

Sólo en 1978, García Márquez se dio cuenta conscientemente de su identidad afro-mestiza, a pesar de que al crear ese fantástico mundo macondiano, donde confluye lo real, la mentira y los mitos tradicionales, estaba ya la presencia afrocaribe. Gabo reivindicaba más la tradición oral de los amerindios, que la de los afros. Su despertar hacia la fuerza afro como aporte decisivo al mestizaje caribeño, se da por su viaje al África, propiamente a Angola, en una misión periodística; en su texto *¿Dónde está ese Olor a Guayaba?* (1982), dice:

*“Pero en aquel viaje a Angola descubrí que también éramos africanos. O, mejor, que éramos mestizos. Que nuestra cultura era mestiza, se enriquecía con diversos aportes. Nunca, hasta entonces, había tenido consciencia de ello”.*

---

<sup>4</sup> Ver mi libro Poesía y Filosofía Política, capítulo I, “Las Máscaras de América Latina”, allí discuto en profundidad la cuestión de la identidad afro-indo-iberoamericana, desde la literatura y el pensamiento americano.

Y pensar que Gabo ya había publicado *Cien Años de Soledad* (1967). ¿De donde saldría todo ese mundo imaginario sincrético –realismo mágico–, sino de la amalgama cultural africana, americana y europea? ¿Por qué ignoraba el Nobel, que la palabra Macondo –Makondo– era una expresión Bantú?

El Nobel, con su lucidez de novelista, se reivindicaría con *“El Amor y Otros Demonios”* (1994), donde la protagonista mestiza, Sierva María de Todos los Ángeles, es tomada por “endemoniada” porque comparte y se sensibiliza con los valores de los africanos, pero la “clase” ortodoxa, no lo asume, no lo quiere comprender ni aceptar; la peste, la supuesta rabia de perro, es la perplejidad que surge en el imaginario del otro, para negar su humanidad en la sociedad pluriétnica y pluricultural.

Mario Vargas Llosa es, aunque resulte paradójico, un escritor alienado. En su texto *Comedia de Equivocaciones* (1992), dice que, en aras del “progreso” y “desarrollo”, a las comunidades indígenas hay que socavarles incluso su cultura y su identidad. Sabía que el escritor peruano defendió la opción neoliberal en la economía para América mestiza, pero no sabía que era neoliberal en las artes y en la cultura ¿Será por eso que vende tanto? ¿O es por sus calidades como escritor? ¿Cómo se explicaría Mario Vargas Llosa que los wayuu prefieran defender su territorio, a apostar por una nueva exploración petrolera dentro de sus límites territoriales?

Y podríamos continuar la enumeración con una serie de escritores que se han referido al mestizaje de manera creadora, tales como Fuentes, Amado, Carpentier, este último novelista cubano, quien, en *El Reino de Este Mundo* (1949), y *Ensayos* (1984), analiza largo y tendido la cuestión del mestizaje y el aporte afro al Caribe (Cuba, Haití, República Dominicana); es más, lo “real maravilloso” surgió en Haití (1943), en el lenguaje del ensayista, pero creo que el que no logró salir de las trampas de la enajenación mental, continúa hablando de “negros”, mas que como una cuestión de aportes, era un asunto de sentimientos, porque pasó su infancia con niños mulatos.

Pero, ¿En qué sentido Zapata Olivella elucida novedosamente la cuestión del mestizaje frente a los escritores antes mencionados?



- *Porque, como pensador desalienado, no ve en la praxis social a esclavos, negros, sino a hombres hacedores de creatividad, luchando y afirmando su dignidad humana incesantemente.*
- *Porque, como escritor, conoce la realidad socio-histórica de los afros.*
- *Porque, como novelista, se enfrenta a la cuestión afro con originalidad desde todos los géneros literarios (cuento, poesía, relato, novela, ensayo).*
- *Porque, como antropólogo y etnólogo, vio el elemento imaginario y creador del africano al mestizaje, a la hibridez y a la multiculturalidad de América mestiza, sin menoscabar el aporte europeo ni el amerindio (euroamerindianidad).*

Zapata Olivella no es un analista más del mestizaje americano, sino un innovador del mismo, que supo llevarlo a la cúspide de las investigaciones –más que cualquier otro autor en el pasado–, por el carácter interdisciplinario que dicha categoría asume en su obra, unas veces llevado de la mano de la lingüística, en *Nuestra Voz* (1987); otras veces de antropología cultural, *El Hombre Colombiano* (1974), *La Rebelión de los Genes* (1997), *La Identidad del Afro en América Latina* (1977); otras, de la etnología, *Tradición Oral y Conducta en Córdoba* (1972), *Las Claves Mágicas de América* (1989); *El Árbol Brujo de la Libertad* (2002); otras, desde el relato, *Levántate Mulato* (1990), *He Visto la Noche* (1953); y desde el cuento *¿Quién le Dio el Fusil a Oswald?* (1967), y desde la novela, *Chambacú, Corral de Negros* (1963) y *Changó: el Gran Putas* (1983).

Con Zapata Olivella, el afro no está alineado psíquica ni socio-históricamente, porque no es un “negro” a secas –ni descendiente de esclavos– sino un creador, un pensador, un aportante de imaginarios, de ideas, de símbolos, de valores y lenguajes a la complejidad mestiza afroamerindia-europea en los genes y en el mundo multicultural americano. Zapata Olivella es un hacedor de la identidad y de la hibridez colombiana y americana. Desde él aprendí a enfrentarme a la

multiculturalidad sin necesidad de leer las imposturas foráneas sobre esta temática: Canclini, Taylor, Wieviorka.

Me sorprende que en los diplomados, seminarios, coloquios, hoy en boga sobre etnoeducación afrocolombiana, no se cite a quien justamente ha escrito más sobre esta temática. Confieso que sigo sin comprender esta pusilanimidad de los afrocolombianistas, llámense antropólogos, sociólogos o historiadores.<sup>5</sup>

Identidad no es homogeneidad forzosa sino autenticidad, ser autóctono. Hibridez no es eclecticismo, ni relativismo, ni imposición cultural a secas. Entre identidad e hibridez está la diversidad, la complejidad, la multiplicidad de formas de la creación singular y colectiva de la esencia y el ser del antropos en la tierra y en el cosmos en general.

## LITERATURA Y SOCIEDAD

Todo intelectual, de una u otra forma, ha estado comprometido con una realidad política, social e histórica. Si leemos la introducción a *La Rebelión de los Genes*, y el texto autobiográfico *Levántate Mulato*, nos vamos a dar cuenta que allí el autor traza las señas de su identidad cultural y política. Creemos que la consciencia de su identidad política empezó a germinar en su casa, donde su padre era un revolucionario y pedagogo, crítico de la tradición cristiana, imaginario conservador que su madre reproducía. Su infancia le va a modelar ese pendular entre el carácter tradicional de la filiación materna, y el carácter de la rebeldía y espíritu crítico frente a las instituciones sociales de su padre.

La toma de consciencia política de Zapata Olivella continúa en las vivencias que él tiene de las “injusticias y las miserias” en sus peregrinajes de vagabundo por Estados Unidos y Centroamérica:

*“Nunca había pasado tanta hambre como en Guatemala”,*

eso lo dice en *Pasión Vagabunda*. Su mejor escuela para la praxis política será la propia vida cotidiana, la academia, pero, sobre todo, el ejercicio de la escritura, de la labor literaria. Una realidad social

---

<sup>5</sup> AROCHA, R. DELGADO, J. C. ORREGO, son idóneas excepciones dentro del campo de la antropología.

ineludible, pues acompaña la vida novelesca de todo escritor, que lo lleva a tomar una posición como ciudadano, siendo en la mayoría de las veces de no aceptación de ese mundo de significaciones y valores, sino de reacción crítica frente al orden estatal y político de turno. Cuando Zapata Olivella va a simpatizar con el socialismo, con la izquierda, con el marxismo, es esa consciencia y esperanza que nos daba de una sociedad igualitaria para todos, y él, en sus tiempos de universidad, lo vivió como militante revolucionario y sindicalista. Al escribir *La Calle 10, Tierra Mojada y Detrás del Rostro*, el tema de la violencia en Colombia, el conflicto político, el desplazamiento, la desigualdad entre clases, son asuntos fundamentales, pero las obras que se estudian sobre dichas problemáticas son las de Gabo, Caballero Calderón, Álvarez Gardeazábal, pero, sin menoscabar la importancia de estos autores, las de Zapata Olivella fueron pioneras en los temas ya enunciados.

Desde *La Calle 10*, Zapata Olivella se convierte en una especie de fotógrafo que hace una radiología profunda de lo que era la sociedad colombiana desde El Bogotazo hasta nuestros días. Esa sociedad escindida entre “orden y desorden”, entre violencia e institucionalidad, con sus aciertos y errores. *La Calle 10* no sólo es la calle 10 de Bogotá, sino todas las calles de las urbes planetarias, donde “la muchedumbre solitaria” padece el hambre, la miseria, el abandono del régimen social. El asesinato de Mamatoco, protagonista principal de *La Calle 10*, asesinato misterioso y parecido a esas masacres perpetradas en las poblaciones afros en el Pacífico colombiano, donde tantas veces suceden abominables desaparecimientos y los victimarios no aparecen por ningún lado. *La Calle 10* es la novela de la exclusión y de los desplazados, por la violencia de las élites liberal/conservadora. *Detrás del Rostro* es la novela del desplazamiento del campo a la ciudad por la violencia. *La Calle 10* es la novela de la violencia urbana; *Tierra Mojada* es la novela del problema agrario, del campesino desplazado por la violencia; *Cuentos de Muerte y Libertad* es la aspiración a ser libres de los campesinos, trabajadores, obreros, en el campo, en la fábrica, a luchar por un salario justo y una condición de vida en la equidad y la justicia, como valor y máxima de la virtud humana. El cuento *La Telaraña* (1967) es una descripción palmaria de la política, o, mejor, de la antipolítica de la seguridad democrática, donde la única condición para llevarte tras las rejas es tener a alguien que te delate, y te procesan sin pruebas, y sin el debido proceso. Es el cuento de la injusticia y la

arbitrariedad del programa “Justicia, Perdón y Reparación”. *La Telaraña* termina diciendo:

*“La justicia se ha mudado”.*

Los antecedentes de una literatura social rusa, francesa y de “América mestiza”, van también a servir de acicate para hacer de la novela de protesta, una novela crucial en su desenvolvimiento, como ciudadano público y como escritor comprometido con esa herencia de desigualdades, pobreza e injusticia que nos legó la colonia, la independencia y el régimen republicano. Zapata Olivella asume su compromiso con los desposeídos, con los miserables, con los iletrados, con los que no son universitarios ni han ido a la academia. Siempre lo he resaltado e insistido en ello. Zapata Olivella no escribe si y sólo si para afros. Escribe para el hombre que está explotado y lucha por su libertad a cualquier precio, y ese hombre es el protagonista anónimo que está haciendo la historia universal (los excluidos, los marginados).

Aunque Zapata Olivella fue diplomático colombiano ante el gobierno de Trinidad y Tobago, siempre tuvo claro su rol como ciudadano y novelista; no resistió aquella tendencia de los escritores latinoamericanos a vincularse con el poder, con el Estado, con el Gobierno, tales como Vargas Llosa y su fracaso presidencial en el Perú; Carlos Fuentes y su trabajo como embajador; Octavio Paz y sus funciones diplomáticas; novelistas y ensayistas que lograron también articular entre historia y moral. Novelistas colombianos como Isaac, Marroquín y Rivera, fueron escritores y sujetos públicos que participaron en la política colombiana.

Finalmente, Zapata Olivella, como escritor e investigador, supo utilizar la palabra para enriquecer el lenguaje y criticar a la institución ideológica del poder dominante (el colonialismo, la burguesía, el neoliberalismo, el socialismo real); creo que el penduló con prudencia, entre su responsabilidad como narrador y como ciudadano público –no haciendo arte panfletario a secas–, pues, ese estilo lo aprendió de uno de sus maestros afronorteamericanos: Lagaston Hughes.

## **MUNTÚ Y LIBERTAD**

Zapata Olivella, como apasionado por la antropología y la etnología, se vale de los descubrimientos que hizo Louis y Mary Leakey, los grandes

paleontólogos ingleses que en 1974 descubrieran en Etiopía el resto fósil de una adolescente llamada Lucy, para, desde esta evidencia científica, reflexionar sobre la creatividad del hombre africano. La ciencia, trabajando con el imaginario religioso de “la civilización adámica”, para ratificar que el antropos más viejo sobre este planeta es de origen africano. Este hombre que acaba de emerger en suelo “evantino”, es un pensador, un creador, no el salvaje, como decían ciertos pensadores (Montesquieu, Paw, Hegel) y manuales universitarios: Del África vinieron unos salvajes que tienen que agradecerle a la civilización occidental el haberlos humanizado. No, no era eso. El africano, desde su constitución como hombre, es un “sujeto” de imaginación y pensamiento que no tuvo nada que envidiarle a esta o a aquella cultura. El africano, desde el pensamiento mágico y desde el asombro, visualizó el cosmos, la naturaleza y todas las cosas, y empezó a interrogarlo; acumuló una sabiduría, un acervo, y es justamente la creatividad afro, diseminada en la minería, en la agricultura, en las artes, en la medicina, en la tradición oral de esas familias y reinos africanos, los cuales el colonizador subyugará. Fue lo que de una u otra forma aportaran con su imaginación radical y su imaginario colectivo, para enriquecer la cultura histórica y social colombiana.

A pesar de ese reconocimiento afro ante las Constituciones (1821, 1851, 1991 y 1993), todavía no se ha plasmado ante la vida, quizás porque nosotros no hemos tomado la posesión que realmente tenemos que hacer respecto a tales invenciones, de todos los imaginarios que hemos plasmado en la economía, en la política, en la música, en la religión, entonces, el Muntú creador es el gran legado de los afros a esta “singular humanidad terrícola”.

África, contrario a lo que se nos dijo siempre, no fue tierra de esclavos y hombres sumisos, sino el territorio de la rebeldía y la lucha por defender la dignidad humana de la libertad. Ese es, creo, el tema de ***Changó: el Gran Putas***”. Por ello, en el libro de mi autoría: ***El Pensamiento Afro: Más allá de Oriente y Occidente*** (2003), intenté derivar una filosofía ontológica y política a como se estudia en las universidades occidentales, para plantear el argumento de que el núcleo duro de la novela clásica de Zapata Olivella, ***Changó: el Gran Putas***, es el tema de la libertad, o, mejor expresado: La filosofía de la libertad política de los africanos en tierras americanas. Creo que el intento desde que el hombre se hizo hombre en su lucha tenaz con la naturaleza y para salir de la

“animalidad”, ha sido eso: La búsqueda de dignidad humana, y de paz y libertad interior.

*Changó* apunta a que el hombre se sintonice con la armonía del cosmos, que encuentre el equilibrio frente a la naturaleza, y que comprenda el “ser” y los “entes” orichales de la creación en general. Ese instinto de libertad del hombre afro, aquí en América, no hubiese sido posible sin la articulación y sin el vínculo entre los ancestros, los vivos y las divinidades, y donde las religiones fueron, si, y sólo si, espacios de libertad y de cero pasividad y, quizás, el africano siempre estuvo más cerca “al creador-increado” que, en el dogmatismo apostólico-romano-católico; fue el pacto inmortal con los ancestros y los vivos, la red invisible a través de la cual los combates por la libertad iluminaron a Benkos, a Zumbi y a Mackandal para llenar sus vidas de proeza en el “Muntú americano”, y que sus herederos cantaran victorias de autonomía y ciudadanía plenas para todos los afros. Si el Muntú creador se manifestó en los afros en la lucha incesante por su libertad en América mestiza, este mismo Muntú africano tiene que convertirse en paradigma de referente para intentar sacar al hombre y al planeta del atolladero y de las fuerzas del caos que lo dominan. He aquí el “humanismo” de Zapata Olivella, donde los nuevos “Dédalos” son la propia humanidad, los hombres y mujeres investidos de toda su creatividad radical.

## BIBLIOGRAFÍA

- MINA ARAGÓN, William.** Poesía y Filosofía Política. Artes Gráficas. Cali, 1999.  
\_\_\_\_\_ El Pensamiento Afro: Más Allá de Oriente y Occidente. Artes Gráficas. Cali, 2003.
- VASCONCELOS, José.** La Raza Cósmica. Espalsa-Calpe. Madrid, 1977.
- OSPINA, William.** América Mestiza. Alfaguara. Bogotá, 2004.
- BRUSHWOOD, S. John.** La Novela Hispanoamericana del Siglo XX. F.C.E. México, 1975.
- HOBSBAWN, Eric.** El Jazz. Letra Internacional. Madrid, 1978.
- CASTORIADIS, Cornelius.** Sujeto y Verdad en el Mundo Históricosocial. F.C.E. Buenos Aires, 2004.
- MARTÍ, José.** Nuestra América. El Búho. Bogotá, 1986.
- GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel.** ¿Dónde Está ese Olor a Guayaba? Oveja Negra. Bogotá, 1982.  
\_\_\_\_\_ El Amor y Otros Demonios. Norma. Bogotá, 1994.
- VARGAS LLOSA, Mario.** Comedia de Equivocaciones. Entrevista con Sergio Marras. Andrés Bello. Santiago de Chile, 1992.
- CARPENTIER, Alejo.** El Reino de este Mundo. Oveja Negra. Bogotá, 1969.  
\_\_\_\_\_ Ensayos. Letras Cubanas. La Habana, 1984.
- AMADO, Jorge.** Cacao. Alianza-Lozada. Buenos Aires. Madrid, 1973.
- ZAPATA OLIVELLA, Manuel.** Nuestra Voz. Ecoe. Bogotá, 1987.  
\_\_\_\_\_ ¿Quién le Dio el Fusil a Oswald? Revista Colombiana. Bogotá, 1967.  
\_\_\_\_\_ La Rebelión de los Genes. Altamir. Bogotá, 1997.  
\_\_\_\_\_ Las Claves Mágicas de América. Bedout. Bogotá, 1989.  
\_\_\_\_\_ ¡Levántate Mulato! Rei Andes. Bogotá, 1990.  
\_\_\_\_\_ El Árbol Brujo de la Libertad. (África en Colombia). Artes Gráficas del Valle. Cali, 2002.  
\_\_\_\_\_ Changó: el Gran Putas. Oveja Negra. Bogotá, 1983.  
\_\_\_\_\_ La Calle 10. Prolibros. Bogotá, 1960.  
\_\_\_\_\_ Tierra Mojada. Antillas. Bogotá, 2000.  
\_\_\_\_\_ Pasión Vagabunda. Mincultura. Bogotá, 2000.

WILLIAM MINA ARAGON  
PROFESOR ASOCIADO UNICAUCA POPAYAN COLOMBIA  
PH.D UNICONPLUTENSE MADRID ESPAÑA.